

# NECROLOGÍA

## GERMÁN DE GRANDA (1932-2008)

FRANCISCO A. MARCOS-MARÍN  
The University of Texas at San Antonio

La trayectoria profesional de las personas está naturalmente vinculada a la vital; pero algunas veces la segunda tiene más importancia sobre la primera que otras. La vida de Germán de Granda es un buen ejemplo de ello. Desde su niñez, la temprana muerte de su padre lo dejó al cuidado de su madre, con quien tuvo una estrecha relación durante su larga vida. Fue ella quien decidió la conveniencia del traslado desde el Luanco (Asturias) natal a Madrid para realizar los estudios universitarios. En 1954 se licenció en Filología Románica en la Universidad Complutense y en 1958 se doctoró en la misma universidad, bajo la dirección de don Rafael Lapesa, con una tesis profundamente innovadora, sobre *La estructura silábica*, por la que obtuvo en 1965 el premio Rivadeneyra de la Real Academia Española. Entre 1954 y 1959 fue ayudante de Historia del Español, cátedra de Rafael Lapesa. Su tesis tuvo una excelente respuesta: José Joaquín Montes Giraldo le dedicó una reseña sumamente positiva en *Thesaurus*, el Boletín del Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá. Toda una premonición del cariño y respeto que le daría América, muy superior al que obtuvo en España, algo bastante común.

Los años cincuenta eran en España años duros. Granda, miembro destacado del SEU, el obligatorio Sindicato Español Universitario, y de la dirección del Colegio Mayor «José Antonio», el colegio más estrechamente vinculado a Falange Española, se vio afectado por todas esas actividades y tomó la decisión habitual durante muchos años en los jóvenes filólogos necesitados de ganarse la vida y construir una familia y también ambiciosos de un porvenir universitario: se presentó a las oposiciones de Cátedras de Institutos Nacionales de Enseñanza Media y ganó plaza, en 1959, primero en Santa Cruz de la Palma y luego en La Laguna, en las Islas Canarias. Los catedráticos de Instituto tuvieron todavía durante muchos años un gran prestigio: las universidades eran pocas y en muchas provincias eran la más alta autoridad académica y científica. En aquel momento

estaban en uno de sus puntos más altos. De los diez que aprobaron esa oposición, cuatro (con de Granda) serían catedráticos de universidad: Carmen Bobes, Nicolás Marín y Gregorio Salvador. Los seis restantes fueron personalidades muy distinguidas de distintos ámbitos culturales. Vale destacar que, aunque el número uno le hubiera permitido elegir una plaza de la Península, eligió la más lejana de las Islas Canarias, lo que sin duda es buena muestra de sus inquietudes personales y de sus intereses en el campo de la investigación dialectal. Los grandes puertos canarios eran todavía testigos del paso de los grandes buques de pasajeros entre España y América, además del tráfico comercial que hoy sigue siendo de primordial importancia en las Islas. Muchas familias canarias tienen relaciones familiares sobre todo con el Caribe.

Entonces ya estaba familiarizado con los estudios dialectológicos. En 1960 se publicaron los resultados de su estudio sobre «Los diptongos descendentes en el dominio románico leonés», en el Seminario Menéndez Pidal, en el que Rafael Lapesa y Diego Catalán, con varias dedicadas colaboradoras, como María Soledad de Andrés y Carmen Díaz Castañón, lograban mantener pujante la Filología española, la escuela de Menéndez Pidal.

Las Islas Canarias produjeron una impresión duradera en el joven de Granda. En nuestra abundante correspondencia se refiere a ellas siempre en términos cariñosos y admirativos. Fue acogido con entusiasmo: desde 1960 a 1965 fue encargado de la cátedra de Filología Románica en la Universidad de La Laguna, donde enseñó también Historia del Español y Dialectología Hispánica. Esta universidad iniciaba entonces su extraordinario despegue, que se vio favorecido por la presencia en sus aulas durante esos años y los siguientes de Diego Catalán, Manuel Alvar y Gregorio Salvador. Las Islas iniciaban así su largo camino de salida de la nada, que conduciría a dos universidades modernas en las dos capitales isleñas y a su consolidación como puente en los trabajos entre España y América.

El paso de Canarias a América fue algo natural, en 1966 era profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico y, tras un breve paso por la Université Laval, en Quebec, en 1968 agregado cultural en la embajada de España en Bogotá, donde podía colaborar directamente con el Instituto Caro y Cuervo, con el que ya tenía un contacto de años. A lo largo de su vida tendría otras misiones de diplomacia cultural, la siguiente en Paraguay, en 1977, donde tuve el enorme placer de trabajar con él en 1977 y 1978. Fue entonces mi introductor en América Latina, pues yo sólo conocía entonces parte del Canadá y los Estados Unidos. Recorrimos gran parte del Paraguay y las provincias argentinas norteafricanas: Misiones, Posadas, Corrientes, alternándonos en la conducción de un Volkswagen «escarabajo» brasileño, blanco, que usaba una gasolina de muy bajo octanaje que olía a demonios y combinaba bien con el humo de los cigarrillos que su propietario consumía constantemente. En la parte trasera, además de espacio

para dos o tres pasajeros, viajaba también el pastor alemán de la familia, cuya cabezota, con su larga lengua, aparecía frecuentemente entre los ocupantes de las plazas delanteras. En cierta ocasión, en un cruce en medio de la nada, nos detuvo un policía argentino, quien pretendía multarnos por conducir «a mayor velocidad de la permitida en un centro urbano»: en un cerro a más de trescientos metros se veía una casa, el resto era selva. El pasaporte diplomático resolvió la cuestión. En aquellos años, por mi parte, como catedrático en la Universidad de Valladolid, pude gestionar todo lo relativo a la cátedra de Filología Románica, que finalmente obtuvo por concurso de acceso en 1979 (era Profesor Agregado desde 1975). Me satisface mucho reconocer el apoyo de mis compañeros Santiago de los Mozos y César Hernández en esas gestiones. Como se puede suponer, hubo muchas razones para que nuestra correspondencia en ese período fuera intensa y jugosa. Germán mantuvo a mis doctores y colaboradores en el Seminario de Filología Románica, además de ir abriendo camino a sus discípulos. Quienes conocen bien la universidad española sabrán valorar esa generosidad como merece. Su última misión, en Malabo, en Guinea Ecuatorial, que coincidió con el fallecimiento de su madre, fue, por muchos motivos, mucho más dura, aunque también le dio la oportunidad de obtener materiales de enorme interés.

Es difícil determinar con qué país americano se sintió más identificado; pero Colombia es el que recibió mayores aportaciones. Entre 1973 y 1975 trabajó en su *Atlas lingüístico y etnográfico*, lo que implicó un enorme esfuerzo personal. Los lectores, frecuentemente, miran la obra de los investigadores en dialectología, tanto en España como en América, como si se hiciera cómodamente en un despacho. Los investigadores del Atlas de Andalucía, Alvar, Llorente y Salvador, han recordado infinidad de anécdotas, desde el niño que tenía un tablón para atravesar un despeñadero de la sierra granadina y exigía una peseta por sus servicios, hasta el dueño de casa que prefirió dormir en la habitación de uno de los investigadores para no tener que aguantar los ronquidos de su esposa. En América la situación era mucho más dura: los viajes duraban días, eran en canoas o, como mucho, en aviones de fiabilidad limitada. Los investigadores eran asaltados de vez en cuando y despojados de sus pertenencias, incluso a unos pasos del hotel. Padecían los riesgos de la malaria y de las amebas y, si bien es cierto que ya no sufrían las calamidades que padeció Iradier en Guinea Ecuatorial el siglo XIX, que culminaron con la muerte de su hija, ponían en riesgo su salud y se olvidaban de su comodidad personal durante largos períodos. El Paraguay, en ese sentido, era mucho más apacible, aunque exigiera a veces notables esfuerzos. Guinea Ecuatorial, en cambio, supuso un paso atrás.

Pertrechado con una extraordinaria preparación filológica y armado de una memoria excelente, de Granda centra sus investigaciones en el contacto entre el español y las lenguas indígenas americanas y la determinación de interferen-

cias. Esta dimensión se extiende luego a las variantes afroamericanas y las lenguas africanas, como no podía ser menos, con alguna incursión hasta las Filipinas. En sus dominios lingüísticos, podríamos decir, recordando una frase célebre, no se ponía el sol.

Esta capacidad vital, profesional y académica se refleja perfectamente en unos párrafos de una de sus cartas más significativas, la que me escribió el 17 de enero de 1975 para notificarme la culminación feliz de su oposición a Profesor Agregado de Filología Románica. Es también un buen ejemplo de cómo funcionaba el sistema, que quizás convenga resumir para las generaciones jóvenes. El sistema tradicional se basaba en un cuerpo de profesores numerarios, permanentes, los catedráticos, nombrados tras oposiciones generalmente muy duras; luego venían los adjuntos, que pasaban también una oposición y no tenían plaza permanente, aunque a veces podían ir renovando por vida y, finalmente, los ayudantes. En los setenta se introdujo un cuerpo nuevo de numerarios, para ahorrar dinero y para reforzar la posición de los catedráticos en la cima: los profesores agregados, con plaza permanente y la opción de pasar a catedráticos por concurso de acceso. En la práctica, las oposiciones de agregado eran idénticas a las tradicionales de catedrático. Los tres primeros ejercicios consistían en la exposición del currículo (irónicamente titulado «mecachis qué guapo soy»), la memoria didáctica con el programa de la asignatura y la lección magistral, elegida por el candidato entre las de su programa. A continuación venía la parte difícil: en la «encerrona» el tribunal sorteaba tres temas del programa del candidato y elegía uno, que se podía preparar, con libros, en tres horas, para exponer durante una cuarta. El quinto ejercicio eran los prácticos, comentarios de textos seleccionados por el tribunal, entre tres y seis. Quince días antes de empezar los ejercicios, en la presentación de los candidatos, el tribunal entregaba a estos un temario, generalmente de diez temas, que debían preparar para ese sexto ejercicio, en el que se sorteaban dos. La colaboración de los amigos era esencial en ese momento. Germán me había preparado uno de mis temas, un par de años antes, «Arcaísmo e innovación en el español de América», y yo le preparé uno entonces. Visto desde el opositor, el resumen podía ser como el que sigue:

Ayer acabó la «ordalía» y, por unanimidad en todos los ejercicios, obtuve la Agregación. ¡Aleluya, aleluya!

La oposición fue muy cordial y agradable, aunque siempre dura.

Hice los tres primeros ejercicios en una tarde, la «encerrona» en otro [*sic*], los prácticos en dos y 6º y votación en el siguiente.

En el 4º me salió «La -s final románica» y, según D. Fernando [Lázaro], quedó «redondo y excepcional». Me sobró una hora de tiempo ya que era tema que tenía casi hecho.

Los prácticos fueron de portugués (una octava de Camoens, fácil), provenzal (más complicado, poesía de Ponç de Capdoilh —muy señor mío) y [*sic*] ita-

liano. Este trozo fue monstruoso. Lo escogió Pensado con toda su mala uva. Era una «lauda» umbra del s. XII (no de I. di Todí pero sí de la misma zona) en la que había sicilianismos, rasgos umbros, otros toscanizantes (del N. E. toscano), latinismos, rasgos populares y todo lo que Dios crió. Un enorme lío. Pero, según me comentaron luego, me salió «pipa», quizá aún mejor que los otros. Como que Pensado le comentó a D. Fernando que «debían haberme pasado diccionarios pues no era posible que supiese tantas cosas de memoria». Como Constantino [García] estuvo conmigo todo el tiempo del ejercicio, no hubo cuestión y tuvo que conformarse con mi sabiduría el amigo Pensado. Para el 6º me salió «el siciliano» y lo bordé ya que en el Consejo tenían toda la colección del «Bolletino del Centro di Studi Filologici e Linguistici Siciliani» y yo me la sabía perfectamente. En fin, todo acabó con grandes loores, fuertes abrazos y gordas felicitaciones.

El texto, en su espontaneidad, me parece bastante explícito y buen reflejo del ambiente en el que se vivían las temibles oposiciones en aquellos años. Lo más destacable es la densidad de la formación filológica de un romanista español de la época, que le permitía enfrentarse a textos y lenguas tan distintos, junto con ese ejercicio de memoria que le permitía tener un diccionario en la cabeza o recitar y transcribir tremendas listas bibliográficas, lo que, en una época pre-computacional, le ahorra un tiempo tremendo. Una ventaja añadida era que esa capacidad iba unida a una organización sintética de los conocimientos que favorecía mucho su capacidad de relación de fenómenos. La combinación de ejercicios teóricos y prácticos de diverso tipo en un tiempo tan breve exigía capacidad intelectual y resistencia física, además de una brillantez expositiva que convenía mucho a las condiciones de Germán de Granda. Otros aspectos de la vida académica, de la capacidad de poder de los catedráticos de la época y de la filtración de circunstancias internas de los tribunales que se vislumbran en él no son tan halagüeños; pero así es la condición humana.

Tras la estabilización de su situación académico-administrativa, consiguió (no sin dificultades y complicaciones) compatibilizar sus obligaciones en España con los puestos en donde realmente era feliz, en América, y nos dejó sus obras fundamentales, *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidentales de Colombia*, de 1977, impresionante tanto desde el punto de vista físico como el lingüístico, *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*, de 1978, *Estudios de lingüística afro-románica*, de 1985, *Lingüística e historia: temas afro-hispánicos*, de 1988, *Español de América, español de África y hablas criollas hispanicas*, de 1994, *Español y lenguas indoamericanas en Hispanoamérica*, de 1999, y *Lingüística de contacto: español y quechua en el área andina suramericana*, de 2002.

Las notas comunes características de estos trabajos son tres. Abarcan todo el dominio de la lengua española desde el descubrimiento de América, nacen del conocimiento directo, sobre el terreno, e incorporan un matiz social. La ela-

boración de esos materiales de primera mano, nos dice en *Estudios Lingüísticos* (p. 10), se caracteriza « por la adopción sistemática de criterios de carácter sociohistórico (en la diacronía) o socioeconómico (en la sincronía) que dotan a las conclusiones extraídas (y a los razonamientos que a las mismas han conducido) de una coherencia metodológica interna que, aunque quizás discutible a nivel teórico, es representativa de una toma de postura personal perfectamente definida frente a los problemas».

Contribuyó de manera decisiva a los estudios del *español atlántico*, un concepto acuñado, al parecer, por Diego Catalán en 1956-57 y al que los dos autores han dado carta de naturaleza. Sin embargo, lingüistas de la probada competencia de José Joaquín Montes Giraldo lo han aplicado, en alguna ocasión, en el sentido geográfico restringido y conviene delimitar, por ello, que *atlántico* no se limita a la zona bañada por este océano, sino que se refiere al español que, sobre ese mar, se trasladó a tierras más o menos lejanas, de las Canarias a las Filipinas. El término ofrece la ventaja de carecer de fronteras políticas. Esta dimensión concuerda con la defensa del carácter *monogénico* del español americano, cuyos fenómenos no le son exclusivos sino que, generalmente, arrancan de antecedentes dialectales peninsulares. Esto, por supuesto, no impide ni limita el reconocimiento de la compleja fisonomía histórico-lingüística de la América española: el español de América no es ni deja de ser arcaizante o innovador, culto o popular, peninsular o indígena, cada uno de estos factores contribuye a precisar un conjunto y algunos de ellos no van más allá de matizar rasgos que, en bloque, arrancan de un remoto origen único, común a toda América. El español de América no se puede definir en bloque: no es una unidad, sino una multiplicidad social y lingüística. Esta línea es coherente con la interpretación adelantada por Menéndez Pidal, en el origen de la investigación sobre el español, aunque haya recibido todas las correcciones y matizaciones posibles. Arranca en el fondo de un aserto simple: la norma de Madrid no es norma hispánica.

El paso siguiente, la definición del concepto de *hablas criollas atlánticas*, es a la vez amplio y limitado, amplio porque incluye a las hablas criollas que se originaron, directa o indirectamente, en las costas africanas y que resultan del contacto entre los europeos y las poblaciones nativas a partir del siglo XV, aunque ese contacto se haya producido en Asia o en Oceanía, no necesariamente en África o América. Es limitado porque excluye los tipos de *lingua franca* como el *chinook* o el *sango*. Interesa destacar que no conviene la descripción sincrónica pura, puesto que el criollo continúa su evolución hasta subsumirse en la lengua de prestigio. Se incluyen así aspectos como la diglosia y la consideración de la lengua meta. Me importa subrayarlo porque es coherente con mi percepción del *spanglish*, otro tipo de criollización, en relación con su lengua meta, el inglés, donde acabará subsumiéndose, si mis tesis se comprueban.

Como ser humano muy sensible, agradeció profundamente los honores que recibió en vida, que fueron primordialmente americanos. Además de los nom-

bramamientos de profesor honorario o de las condecoraciones vinculadas a sus funciones diplomáticas, como la *Orden del Mérito* de la República del Paraguay, fue Doctor *honoris causa* por la Universidad de Salta, en cuyo nombramiento se dice «[es] un prestigio para nuestra Universidad contar con el valioso aporte que le brinda, tanto en el aspecto científico como humano, principales características que lo distinguen». El recuento de sus distintas colaboraciones, en los diversos ámbitos de trabajo de la Universidad, seguramente lo emocionó, pero también da idea de la amplitud de su esfuerzo y su generosidad. También fue miembro correspondiente de la Real Academia Española y de las Academias Argentina de Letras, Colombiana, Peruana y Nacional de Letras del Uruguay.

La vida de la fama, la que definía Jorge Manrique como «muy mejor que la otra temporal, perescadera», acoge a Germán de Granda. El diario paraguayo *abc* en su versión digital del 2 de enero de 2009 recogía la información de su fallecimiento y resumía su trayectoria como «investigador de las lenguas del Paraguay». Dejo la noticia en guaraní, como a él le habría gustado, y añadió su correspondencia en español:

*Germán de Granda Gutiérrez oikuaauka Paraguái ñe'êkõi*

Omombe'úvo mba'éichapa situación lingüística Paraguáipe hembiapo rupive. «Kóva imperativo en guaraní criollo ha español paraguayo», Germán de Granda ohaí Paraguáipe oñeme'êha fenómeno de convergencia lingüística de modalidad oikéva bidireccional péva «orekógui ñe'ê imperatividad ha umi ñe'êtekuáva omokyre'y ha orekóva umi ambue ñe'ê omoirúva, ombohasáva transmisión rasgo mutuo ha'éva dirección simplicadora tanto en el guaraní, caracterizado por la abundancia de elemento morfológico índole activo-efectiva, omombaretéva expresión, ha'eháicha español del Paraguay, ojekuaáva morfosintáctica opáichagua orekóha.

Al describir la situación lingüística del Paraguay en su trabajo «El imperativo en guaraní criollo y en español paraguayo», Germán de Granda escribió que en el Paraguay se ha dado un fenómeno de convergencia lingüística de modalidad simplicadora bidireccional por «la presencia de una única forma verbal de imperatividad y unos pocos elementos morfológicos intensificadores y atenuadores que le acompañan, por transmisión de rasgos mutuos de dirección simplicadora tanto en el guaraní, caracterizado por la abundancia de elementos morfológicos de índole activo-efectiva, matizadores de dicha expresión, como en el español del Paraguay, caracterizable por la heterogeneidad morfosintáctica, hecho que configura un caso particular de convergencia por la actuación del cambio lingüístico sobre un mismo subsistema».

Con Germán de Granda desaparece un tipo de investigador español profundamente humano (quedan otros en América), el que vive en y del territorio, en el que se integra y mimetiza. Nadie llegó al grado que él, en todos los sentidos. Su vida fue una perpetua añoranza de América, satisfecha durante largos períodos; pero siempre insaciable. Conozco y comparto ese amor profundo, aunque

reconozco que mis circunstancias no me han permitido llevarlo a las mismas cotas. Estoy seguro de que en diciembre del año 2008 no se rompió esa profunda ligadura y que, como él también esperaba, de alguna manera sobrenatural y, por ende, misteriosa, ejemplo para otros investigadores de España, permanezca para siempre.